

¡Hola!—añadió Vespasiano interrumpiéndose y parándose de pronto con los ojos fijos en la esquina de una callejuela que desembocaba en la calzada á diez pasos delante de ellos—¿qué es eso?..... ¿quién es el pagano?..... ¡Bajaos! ¡bajaos pronto, Miguell!

Y el capitán se precipitó con los brazos abiertos delante de su amigo cubriéndole con su cuerpo. Al mismo tiempo sonó un tiró en la callejuela, y una bala de pistola vino á aplastarse en la gola de acero que llevaba Vespasiano. Viéndole vacilar Gritti, le cogió en sus brazos.

—¡Dejadme, dejadme, por veinte mil demonios! ¡me asfixiáis, Miguel!—exclamó Vespasiano.—¡Y entretanto se escapa el tunante!

Los dos jóvenes se lanzaron entonces á la callejuela.

—¡Lo veo!—exclamó el caballero;—he visto el extremo de su capa. ¡Pero venid pronto, Miguell! ¡Allá está en el muelle; allá abajo! ¡Va á saltar á alguna barca!

—Deteneos, caballero,—dijo Gritti,—no corramos más: ¡que se escape! ¡creo que es lo mejor que puede sucedernos!

—¿Conocéis acaso á ese tunante?

—Puede ser. Pero este asunto es tal, que el ho-

nor me impide referiroslo. En último caso—continuó, hablando consigo mismo—no me conduje como hombre galante; y si el golpe parte de ella, tanto mejor; así quedamos en paz.

No insistió Vespasiano, y continuaron caminando. Entraron en la primera hostería que vieron, y pidieron de cenar. Gritti comenzó entonces el relato de su aventura con la signorina Julia Contarini y de los acontecimientos que habían precedido, pero no dijo ni una palabra de la Marquesa. El caballero Vespasiano escuchó la historia con asombro y respeto, ya bebiendo, ya haciendo saltar en la mano la bala que le había abollado la gola; no se separaron los dos amigos hasta hora muy avanzada de la noche.

Esta misma noche, como se recordará, la pasaba Luca Dolei arrodillado junto al lecho de don José, á quien también acababa de hacer una confidencia de amor.

IV.

MIGUEL GRITTI EN CASA DE JULIA CONTARINI.

A las doce del día siguiente, Miguel Gritti, que había pasado la mañana en maldecir la lentitud de las horas, subía rápidamente la escalinata que

daba ingreso al palacio Contarini. Casi al mismo tiempo, un joven pálido, agrandados los ojos por el círculo azulado que trazan las noches de insomnio, entraba en el palacio Giustiniani, en la opuesta orilla del canal grande.

En cuanto Miguel Gritti dijo su nombre al lacayo que le abrió la puerta, le introdujo en una sala tapizada de cuero de Córdoba con grandes ramos de plata. Cerca de una ventana que daba al canal y que ocupaba todo el fondo de la habitación, estaba sentada la tía de Julia en una butaca gótica que por extraño capricho, ó tal vez por gozar de vista más extensa, habían colocado sobre el ancho pedestal de una estatua romana; el nombre de Caracalla que aun se leía en la base del zócalo indicaba que, según todas las probabilidades, la anciana señora ocupaba el puesto de aquel emperador romano. Ocupábase la anciana en confeccionar un tapiz de inmensa extensión, en el que se veían con sorpresa pájaros de colores brillantes y formas imposibles, posados sobre flores colosales, como escarabajos sobre vasos japoneses. La buena señora había comenzado aquella obra heroica en su infancia, y sus dedos de matrona continuaban urdiendo la trama que parecía haber calculado con precisión para el resto de sus días.

Por notable que fuese el cuadro que formaba por sí sola aquella tía, por decirlo así, maravillosa, Gritti no se fijó en ella al entrar, porque no vió más que á la última de los Contarini arrodillada sobre una punta extendida de aquel interminable tapiz, jugando con una galguilla de formas delicadas, elásticas y ondulosas como las de la serpiente. Ocultábase Julia detrás de una de aquellas flores bordadas de oro y seda, y descubriéndose después bruscamente, causaba á su perrita terribles sustos que el gracioso animal parecía complacerse en exagerar.

Al entrar Gritti alzóse la tía sobre el pedestal y la sobrina sobre el tapiz; la galguita se lanzó á las piernas del joven, que todo lo había previsto y á todo estaba preparado, menos para este pueril incidente: turbóse, pues, y al notarlo Julia se echó á reir.

—¡Abajo, Fiamma! ¡abajo!—exclamó, mientras que la tía saludaba solemnemente al caballero;— ¡abajo, malvada! ¡venid aquí y escondeos! ¡Hola! ¡Dejáis que nos sorprendan! ¡Consentiríais que degollasen á vuestra ama sin hablar palabra!

—Ese pobre animal—dijo Miguel Gritti—ha tenido el instinto de adivinar en mí un hombre que, aunque extraño á esta casa, daría su vida por

vos, señorita; un hombre que no trae peligros aquí, sino que los encuentra.

—Bonitas frases, messer Mignel—contestó Julia irguiendo su hermosa cabeza rubia con cierta duda maliciosa.—¿Basta acaso (excusad mi experiencia, porque no conozco el mundo), basta á un caballero haber visto por casualidad á una joven en la iglesia, para encontrarse dispuesto á dar por ella su vida? Permitiréis, querida tía, que el señor Gritti me diga esto para mi instrucción.

—Mi vida, señorita—contestó Gritti con acento más grave,—es un don que ayer os renové, porque es completamente vuestra desde hace un mes.

Al escuchar estas palabras, volviósé con brusco movimiento Julia y saltó al pedestal en que permanecía de pie su tía, esperando la clave de aquel enigma, en la actitud rígida y severa de un punto de interrogación.

—¡Tía—le dijo con voz cariñosa—querida títa, es necesario que os marchéis!

Además de que lo que le proponía su sobrina no era el mejor medio de explicarle el misterio que excitaba su curiosidad, la anciana señora encontró la proposición algo poco conveniente en presencia de un extraño.

—¡Marcharme, hija mía!—dijo con un poco de cólera.

—¡Os lo suplico, querida tía! ¡marchaos! ¡es absolutamente necesario! ¡Ah! ¡tanto peor para vos! Me habéis mimado, y ved lo que sucede.—Pobre tía—añadió la joven besándola las manos—escuchad: tengo que hablar gravemente al señor Gritti, os lo aseguro. ¿Tenéis confianza en vuestra Julia, sí ó no? Se trata de mi felicidad, de mi vida. Además, escucharéis en la puerta si queréis: no he de decirle nada que no sea digno de los dos.

Y como vió que su tía bajaba lentamente las tres gradas del pedestal:

—¿Consentís?—exclamó palmoteando;—¡qué buena sois! ¡cuánto os quiero! Pues bien, un favor más: sed completamente amable; ¡no escuchéis á la puerta!

Y la joven, para ocultar el rubor que había encendido sus mejillas, permaneció con la frente apoyada contra la ventana, mientras que la buena señora saludaba á Gritti con cierta confusión y se retiraba murmurando las palabras: capricho y extravagancia de niña mimada.

Al volverse la joven no tuvo motivo para temer que Miguel Gritti la hiciera arrepentirse del favor

que le otorgaba; el pobre caballero, precisamente á causa de la mucha experiencia que tenía en intrigas amorosas, se encontraba en la perplejidad del viajero que acaba de perderse en camino familiar. Indeciso permanecía ante aquella mirada sencilla y virginal, como el león que se para ante el niño que inocentemente le mira á los ojos.

Sonrió Julia, y subiendo al pedestal en el que su anciana tía había colocado su majestuoso asiento:

—Este sillón—dijo alegremente—me prestará tal vez alguna gravedad. Sentaos, messer. Tengo que dirigiros palabras muy serias.

Apoyando entonces el codo en un brazo del sillón, y pasando la mano entre los sedosos rizos en que jugaba el sol, recogióse un momento, con los ojos bajos y en actitud meditabunda.

—Messer Miguel—dijo en seguida con voz lenta y triste—no os habéis engañado: yo soy la que buscáis. Me suponíais de otra manera, ¿verdad? ¿Esperabais alguna hermosa cabeza poética y desolada? Pues ya me véis; tengo diez y seis años, y por toda belleza los colores que tienen todas las muchachas á mi edad. Quisiera ser más bella, por la razón que voy á deciros; pero antes decidme vos si un hombre de vuestra condición, que ha

hecho vida de soldado y de calavera, vida de peligros y de placeres, conserva el recuerdo de su madre.

—Recuerdo santo y respetado, señorita; respondo por mí—dijo Gritti.

—Pues bien, os suplico que en todo el tiempo que os hable se encuentre entre los dos la imagen de vuestra madre. Oídme: creo que no confundiréis mi franqueza con la de las mujeres á quienes amáis, según dicen, ó que os aman al menos. ¡Dios mío! ¿cómo deciros esto? Quisiera que fueseis mi hermano, messer Gritti. ¡Oh, sí, lo quisiera! entonces podría orar por vos en alta voz, llorar por vos, y no con esas lágrimas ocultas que abrasan las mejillas.

—¡Querida niña!—exclamó Gritti, dando un paso hacia la joven; pero ella extendió la mano, haciendo seña para que no la interrumpiera.

—Hace algún tiempo—continuó diciendo en voz baja y con entusiasmo—tuve un sueño al pasar vos una mañana por debajo de mi ventana con vuestros compañeros de placeres: todos ostentaban en el rostro las huellas de la sordidez de sus vicios; todos, excepto vos. Había oído hablar de vos y os tenía aversión; cuando os vi, me figuré que me habían engañado, que no sois lo que se

cree; me dije que tal vez Dios no había permitido que se marchitase vuestra alma, de la misma manera que no se había marchitado vuestra frente. Soy supersticiosa, messer: sin duda he vivido demasiado en la soledad, y las ideas que se me ocurren las tomo por inspiraciones divinas. He aquí mi desgracia. Me enamoró la idea de que bastaría esta pobre mano para sacaros de la desgraciada vida en que estáis sumido. Creí que Dios me imponía el deber de intentarlo al menos, y he aquí por qué lo he intentado, messer. Pero ahora conozco que me arrepiento, que he hecho mal.... ¡Oh! ¡me arrepiento cruelmente!

Y Julia se cubrió el rostro con las manos, entre cuyos dedos corrían diáfanos lágrimas.

Conmovido profundamente Gritti ante aquel lenguaje tan nuevo para él, y también por aquel inocente interés, dobló la rodilla diciendo:

—Hablad, señorita; nada hay que no esté dispuesto á hacer para desvanecer hasta la última sombra de vuestro arrepentimiento.

La joven levantó la cabeza.

—Jamás amaré más que á mi esposo—repuso;—sin duda lo sabréis.

—Llegaré á ser digno de ese título, señorita, si le es posible á un hombre.....

—¡Sea! pero debo deciros que os probaré por mucho tiempo, messer Miguel; porque es necesario que no creáis que he representado una comedia con Dios y con vos.

—Mandad, señorita—dijo Gritti.

—¿No se celebra esta noche en casa de una mujer á quien llaman la Dolfina, una fiesta á la que un galán como vos no puede faltar sin desacreditarse?

—¿Dónde queréis que pase la noche, señorita?

—En las gradas de Santa María Formosa; yo os veré desde aquí. Observad que mañana lo sabrá toda Venecia.

—¿Queréis decirme, señorita, que me prohibís vengarme de los ultrajes que me inferirán con este motivo?

—¡Oh, eso no!—contestó la joven patricia.—Si yo fuese hombre, no toleraría ultrajes. Verdad es—añadió después de un momento de reflexión—que San Pedro fué reprendido por haber desenvainado la espada; pero no ignoraréis sin duda, messer Miguel, que San Pedro no era noble.

Al terminar estas palabras, bajó la joven del pedestal y añadió:

—¡Me marchó! ¡me marchó! adiós, messer; os he dicho demasiado. Tal vez juzgaréis mal á mi

tía por su complacencia conmigo; pero os diré que ignora toda mi loca historia con vos. Un antiguo criado de la casa es mi cómplice. Mi tía tiene corazón de oro; todo me lo permite; piso su tapiz que adora como á la patria; la llamo tía Caracalla, porque ha sucedido á no sé qué sultán de ese nombre sobre su pedestal; por nada se incomoda, por eso la quiero como á una madre.—¡Vamos, ven, Fiamma! Enseña á messer Miguel Gritti cómo le cerrará la boca su esposa, si es que un malvado libertino como él merece algún día tener una esposa honrada.

Y la joven aprisionaba riendo en su diminuta mano el prolongado hocico de la galguita. En seguida hizo una profunda reverencia á Gritti y salió de la sala.

V.

LUCA DOLCI EN CASA DE LA MARQUESA ONESTA
GIUSTINIANI.

En un salón cuyas paredes estaban pintadas á la oriental, se encontraba sentada en un diván la marquesa Onesta, con los ojos fijos en el espacio como extraños al mundo visible, y cual si fuera

de él hubiesen concentrado toda la fuerza penetrante de la mirada para proseguir profunda meditación. Anunciaron á Luca Dolci, y la Marquesa, pasándose con rápido movimiento la mano por la frente, recobró la calma y altivez, al mismo tiempo que sus pupilas adquirían su acostumbrada radiación.

—Buenos días, primo—dijo alegremente.—¿No habéis entrado en el convento? Tanto mejor. Sentaos.

—Os debía una contestación, señora—dijo el joven, cuya voz débil, temblorosa y mal articulada indicaba profunda emoción.—Os debía una respuesta, y os la traigo.

—¡Ah! ¿en cuanto al testamento? No pensaba ya en él. ¡Tengo tantos negocios!

La Marquesa suspiró, y añadió con amarga sonrisa:

—He sido muy desgraciada desde que no os he visto, messer Luca.

—Y yo también, señora—contestó el joven.

—¡Bah!—dijo la Marquesa.—¡Vos conserváis la inocencia! Somos primos, pero nuestras personas no se parecen, y creo que nuestras desgracias tampoco. Hablemos de otra cosa. Se aboga una aquí. Abrid esa ventana, primo.

Luca obedeció, y volviendo en seguida y quedando de pie, inmóvil delante de la Marquesa, dijo con voz más fuerte, pero más temblorosa aún:

—Cuando os pregunté hace dos días si os encontraríais dispuesta á concederme vuestra mano en el caso en que libre yo os la pidiese, ¿no me contestasteis que sí?

—Es posible.

—¿Dijisteis que sí porque sabíais que yo no era libre, que iba á entrar en un convento?

—Sin duda—contestó la Marquesa.—¿Qué más?

Esta contestación hizo que se inflamase el rostro de Luca: extraviáronse sus ojos, comprimíronse sus labios y penosa respiración dilató su nariz. Vaciló y cogió sin hablar la mano que tenía tendida hácia él la Marquesa.

—Y bien—exclamó Questa, irguiéndose en el diván;—¿qué quiere de mí este niño?

Luca quiso hablar, pero sus piernas flaquearon y cayó pesadamente sobre sus rodillas, inundando con abrasadoras lágrimas la mano de su prima.

Al mismo tiempo dos diamantes líquidos brotaron de los ojos de la Marquesa y cayeron en los cabellos de Luca.

—¡Vamos!—dijo después de algunos instantes de silencio, interrumpido solamente por los sollo-

zos del joven;—¡vamos! ¡bien está! me amáis, lo conozco. No necesitáis ya decírmelo; así, pues, tranquilizaos. ¿Y qué quiere decir esto? ¿Me amáis y no sois más enérgico? Pues bien, Luca, amarme no es deshonra para vos ni ofensa para mí. Tal vez sea una desgracia; ya hablaremos de ello. Dejad mi mano ya y sentaos. ¡Dios mío, qué niño! ¿Me querréis referir, messer, cómo habéis llegado á amarme? ¿Y el convento? ¿acaso renunciarnos á él así, tan de repente? ¿Y este mundo perverso? ¿es que queremos entrar en él? ¡Cómo me miráis! Es necesario hablar, Luca, si queréis que os comprenda.... Sí, sin duda, tenéis muy hermosos ojos. ¿Queríais que os lo dijese? Ya os lo he dicho. Ahora ya he hablado bastante por mi parte, y creo que es justo que os toque la vez. ¡Me amáis! ¡esto es maravilloso! ¿Y con qué amor me amáis, Luca? decídmelo.

El joven movió dolorosamente la cabeza.

—No me lo preguntéis, prima—contestó;—no sé mentir, y os lo diría.

—Pues decídmelo.

—El amor que siento hacia vos me infunde miedo y vergüenza—contestó Luca bajando la frente—y os sonrojaréis vos, señora, por haberlo inspirado.

—¡Ahora me insulta!—exclamó la Marquesa estremeeciéndose cual si la hubiesen abofeteado.— ¡Muy bien! ¡He sido bondadosa con él hace un momento! ¡Quizá por primera vez en mi vida he sido mujer un instante! Porque lloraba, le he hablado con interés, y ya me cree su amante y me insulta. ¡Ah! ¡qué necias son las mujeres!

—¡Señora! ¡por favor! ¡por piedad!— exclamó el joven, tendiendo sus trémulas manos hácia la Marquesa;— ¡pensad en lo que era y en lo que hago! ¡no os ofendáis por el amargo recuerdo que dedico á mi pobre vida pasada, tan dulce, tan tranquila, á mi fe apagada, á mi alma perdida! Os he acusado; perdonadme, he hecho mal. Si el amor que siento por vos me quema las venas como filtro de fuego, bien sé que es culpa mía y no vuestra; y que el mal está en mi propia sangre. Os decía que mi vida había sido feliz, y esto no es verdad: quiero deciroslo todo. Hasta en el pavimento de las iglesias donde clavaba mis rodillas, hasta delante de Dios, oía murmurar en mis oídos á nuestro demonio hereditario. Soy un Dolci, ya lo sabéis. Extrañas imágenes, vagas voluptuosidades, desconocidos vicios se deslizaban en mi cerebro haciéndole hervir, y bañaban mi frente en cálido sudor. Veinte veces he visto alzarse delante

de mí, en la sombra de las capillas, formas que me embriagaban, estatuas que se animaban inclinando hácia mí sus cuerpos temblorosos, sus bellezas palpitantes y medio desnudas; las Vírgenes á cuyos piés me arrodillaba se destacaban de sus cuadros y tomaban repentinementos ante mis turbados ojos actitudes de impuras bacantes. Aspiraba el perfume de sus cabellos, rozábanme los excitantes pliegues de su ropaje, y á este contacto parecíame que mi alma huía de mi cuerpo profanado. Esto he oído, esto he visto, esto he experimentado y sufrido durante quince años. Pues bien: un día vi ó creí ver, señora, realizados todos estos sueños en un cuerpo, en una mirada; ¿comprendéis? Todos estos filtros, todos estos venenos se habían reconcentrado en una sola flor; Dios la arrojó en mi camino y la aspiré. ¡Este es el amor con que os amo!

Al terminar estas palabras dejó caer Luca la cabeza en las manos; pero no ya para ocultar lágrimas, porque sus ojos estaban secos y abrasados.

—¡Vamos! —dijo la Marquesa, que había escuchado las febriles palabras del joven con extraña sonrisa.— ¡Vamos, he ahí una declaración preciosa! Sois un monstruo extraordinario y sin segun-

do. ¡Os amo! Tenéis indudablemente diabólica imaginación, primo; verdaderamente diabólica. Pero hablemos un poco en razón. Vuestra señora madre — como todas las mujeres en último caso — no sabía lo que hacía; quiso que fueseis fraile, y ¿por qué? Porque, según dicen, los de vuestra familia mueren de muerte violenta á manos de mujeres. ¡Y qué! ¿Vacilariais vos, Luca, entre una puñalada que cortase brillantemente el dorado hilo de vuestra existencia, y una vida de setenta años, cuyas noches turbaran los amables sueños que me haciais el favor de contarme hace un momento? Necesario es admitir, primo, que no nace todo el mundo para entrar en conventos. Á no ser así, comprenderéis que habría decaído mucho la serenísima República. Pues bien, vos sois de los que no han nacido para eso. Ved á mi confesor Fra Mozzo; ese es un fraile feliz. Pero ese no ha visto jamás á las virgenes trocadas en bacantes, porque no se inclina su espíritu á esa metamorfosis. Si yo hubiese entrado en un convento, fatalmente le habria prendido fuego — maquinalmente — así como respiro sin querer. Siguiendo la inclinación natural de vuestra vida, hubieseis sido hombre de costumbres elegantes y algo ligeras: esto es todo. Habéis querido ser santo, y todas vuestras pasio-

nes comprimidas desbordan un día como verdadero torrente de corrupción. Cuando pienso en ello, veo que me habéis dicho cosas inauditas. Ahora, ¿qué queréis saber? ¿Si os amo? No. ¿Si os amaré algún día?....

— Es decir — interrumpió Loca Dolci fijando en la Marquesa sus ojos casi extraviados — si estaré vivo ó muerto dentro de media hora..... Sí, decidmelo.

— ¿Si estaréis vivo ó muerto? Mirad, Luca: es consuelo muy necio el de matarse, de la misma manera que es necia venganza el asesinato. En toda alma apasionada, el primer pensamiento de la desesperación es el suicidio, como el primer movimiento de odio es el homicidio. Contened vuestro brazo, primo; creedme y esperad á mañana. El mañana nos trae siempre lucidez muy grande para el consuelo ó la venganza. — ¿Conocéis á Miguel Gritti, messer?

— ¿Quién no le conoce en Venecia?

— Yo — contestó la Marquesa. — He oído decir que todas las mujeres están enamoradas de él. ¿Y sabéis la razón? La razón es que en la serenidad de la mirada más pura no existe, ni aun para la mujer más casta, tanto atractivo como en el fuego sombrío que brilla en los ojos del libertino;

porque una potencia extraña ha dotado á la corrupción y al vicio de misteriosas seducciones, á las que no escapa ni el alma mas inmaculada. Y por esta razón, entre el caballero de frente pálida por la orgía, marchita por impuras vigiliás, que pasa estrechando el talle de una cortesana, y el joven de rostro apacible y sonrosado que reza en el pavimento de una iglesia, no vacilarán los ojos ni el amor de la mujer. Porque todas llevamos viva en el corazón la curiosidad fatal y voluptuosa de nuestra primera madre. Es que todos, hombres y mujeres, tenemos en las venas la sangre maldita que vos, débil y orgulloso niño, consideraríais como uno de los privilegios de vuestra familia. — Me preguntáis si os amo, si os amaré, cuando basta que os mire á la cara para que cambiéis de color. Solamente amaré al hombre que me enloquezca y domine con su mirada, como os domino yo en este momento. Llegad á ser ese hombre, y os perteneceré. Esta es mi respuesta.

Cuando terminó la Marquesa, acometió á Luca Dolci un acceso de hilaridad nerviosa y extraña como la risa de los locos.

— ¡Muy bien! ¡muy bien, prima! — dijo. — He reflexionado mucho mientras hablabais. Tenéis razón; parezco un aprendiz de sacristán, un mo-

naguillo mofletado. Pero, descuidad, yo cambiaré. Esta noche se me presentará soberbia ocasión. Mañana á la aurora asomaos á la ventana y veréis..... ¡Ah! ¡ah! héme aquí decidido, al menos: lo difícil es decidirse. En cuanto se toma una resolución, aunque sea la de ir al infierno, se experimenta admirable tranquilidad. ¡Adiós, prima! Os ruego que al amanecer estéis en la ventana.

— Estaré. Adiós, primo — contestó la Marquesa.

Luca salió del salón y en seguida del palacio, marchando á pie á su casa. Su cerebro estaba muy perturbado y parecíale que los nervios de su semblante estaban estirados hasta el punto de estallar. Tenía toda la vida reconcentrada en la cabeza, y no estando sometido su cuerpo á su paralizada voluntad, obraba por una especie de instinto maquinal. Producíase á sí mismo el efecto de un fantasma, porque no se sentía vivir ni se oía caminar. Así llegó á su palacio, subió á la habitación donde le esperaba don José, y al entrar cayó rígido sobre el pavimento de mármol, como la espiga cortada por la hoz.